

mirando hacia estribor. No harán más que lucrar ostensiblemente y sin descaro con la permisibilidad pasiva de un espectador que aguanta y certifica estos lugares comunes de personajes patéticos, de empresarios míseros y de mártires maradonianos de volátil durabilidad.

Los neo-zares mediáticos especulan con nuestros movimientos y hacen los suyos, tiran de la cuerda emulando aquellos modelos de gobernantes que en el presente resultan iconos de equivocaciones insuperables, pero que nuestra historia se ensaña en producir, alterando siempre el curso de una promesa y vulnerando nuestros derechos esenciales, aun cuando estemos hablando de un simple y elemental entretenimiento.

¿O... será que la realidad es una ficción mal contada y que la TV es su ADN?

El desafío de ser docentes y alumnos en el siglo XXI.

María José Iriarte

El año pasado tuve la oportunidad de ser docente de las materias Taller de Redacción Periodística y Comunicación Oral y Escrita, dos asignaturas que corresponden, en muchos casos, a los primeros años de las carreras que se dictan en la Facultad de Diseño y Comunicación de la Universidad de Palermo; y que están vinculadas a la práctica y a los proyectos profesionales.

Como profesora de alumnos ingresantes encontré que se presenta un desafío doble. Para ellos, el hecho de transformarse en alumnos universitarios (con todo lo que ese proceso significa) y para los docentes, el reto de captar la atención y estimular el aprendizaje de alumnos que están formados en una cultura que denomino de «videoclip», es decir, donde prima lo audiovisual, lo vertiginoso, lo breve y lo entretenido. Al respecto, en «Escenas de la vida posmoderna», la socióloga Beatriz Sarlo dice: «La cultura juvenil, como cultura universal y tribal al mismo tiempo, se construye en el marco de una institución, tradicionalmente consagrada a los jóvenes, que está en crisis: la escuela, cuyo prestigio se ha debilitado tanto por la quiebra de las autoridades tradicionales como por la conversión de los medios masivos en espacio de una abundancia simbólica que la escuela no ofrece. Las estrategias para definir lo permitido y lo prohibido entraron en crisis. La permanencia, que fue un rasgo constitutivo de la autoridad, está cortada por el fluir de la novedad».¹

En definitiva, en este contexto, el pasaje de la escuela secundaria a los estudios superiores no resulta una tarea fácil. Los flamantes alumnos universitarios empiezan a adquirir nuevas responsabilidades amén de tener que dedicar mayor tiempo a la lectura, a tareas de investigación, a adquirir hábitos de estudio y de concentración diferentes y a enfrentarse con contenidos que a priori pueden considerar secundarios o aburridos. Es decir, los novatos se encuentran ante un panorama totalmente nuevo que les exige adoptar nuevas modalidades de estudio, un mayor ejercicio de la responsabilidad e incluso aceptar el desarraigo respecto a la etapa dejada atrás.

Por su parte, los docentes de primer año deben adquirir ciertas destrezas extras para poder acompañar con éxito la inserción a esta nueva etapa de la vida estudiantil y adolescente. Para ello resulta clave fomentar el diálogo y poder

transmitir los contenidos de las materias pero de forma que motive a los estudiantes a la lectura a la escritura, llame su atención, despierte su curiosidad y promueva el esfuerzo y el tesón. Los profesores deben también apoyar a los recién llegados con su paciencia, su capacidad de adaptación y una dedicación personalizada. Además, si bien no se trata de competir con el chat, los video-juegos, la televisión y la computadora, la tarea de enseñar a los ingresantes requiere incorporar en el aula ciertas habilidades de la cultura adolescente vinculadas con lo original, lo atractivo y lo breve pero contundente.

Vivimos en un mundo globalizado, donde la información circula de manera instantánea y a gran velocidad. En ese sentido, no debemos olvidar que las nuevas generaciones crecieron junto al desarrollo de Internet, la fibra óptica, las comunicaciones satelitales y la televisión por cable con acceso a más de 150 canales que ofrecen programas de todas partes del mundo a toda hora. Ese marco no es menor al momento de pensar con qué alumnos nos encontramos en las aulas y en consecuencia, qué tipo de docentes debemos ser.

Hoy en día, los profesores ya no somos proveedores de datos privilegiados, nuestro rol también ha cambiado. En la actualidad podemos pensar que funcionamos más como guías y tutores, como pilares para reflexionar junto a los alumnos acerca de su nueva condición de universitarios y de las distintas aristas que abarca su futuro laboral.

Ir de la teoría a la práctica puede ser uno de los caminos para convocar su atención, que en la mayoría de los casos suele dispersarse rápidamente. Plantearles situaciones reales, mencionar casos concretos, invitar al aula a profesionales respetados que les puedan transmitir su experiencia, vincular los proyectos de unas materias con otras, estimular las tareas de campo y unir todo eso con la teoría son algunas alternativas para que empiecen a recorrer con brillo el camino de la vida universitaria.

Así mismo, creo que es importante, para evitar las desilusiones y las deserciones propias de todo inicio, fortalecer el vínculo docente-alumno. Una de las maneras puede ser a través del uso frecuente de correo electrónico e inclusive de programas de mensajes instantáneos tipo Yahoo Messenger o MSM de Hotmail. Esos canales de contacto extracurricular pueden ayudar a que los alumnos que recién comienzan no dejen tareas sin cumplir por no haber entendido lo suficiente una consigan o haber faltado a clase. Otro instrumento complementario y útil lo constituye el Aula Virtual que ofrece la Facultad a través de su página web. Este mecanismo puede ser usado como una estrategia de educación no presencial que sirva de refuerzo para lo visto en clase y además como una vía extra de comunicación. Además, todos estos canales mencionados son cercanos a los alumnos, «hablan en su mismo idioma» y pueden constituir soportes alternativos para fomentar una relación más fluida.

A su vez, en el caso de primer año, donde se dan muchas materias básicas como las que me tocó dictar, es importante hacerles comprender su sentido, su relación con la carrera y con la vida cotidiana y transmitirles que son los primeros cimientos sobre los cuales se asentará su proyecto como futuro profesional.

Nuestros alumnos, como dije anteriormente, son parte de una cultura audiovisual caracterizada por la rapidez, la falta de compromiso y el «zapping». Por eso, fomentar las relaciones interpersonales y grupales, incentivar una actitud de compromiso ante su nuevo rol como estudiantes de grado y

explicarles la importancia de las materias iniciales es fundamental para que recorran con solidez el camino de la vida universitaria. Además, si a eso se suman contenidos atractivos, vinculación permanente con la práctica profesional y docentes predispuestos a ser un puente entre la educación media y la universitaria, el proceso de formar profesionales reflexivos en Diseño y Comunicación seguramente resulte exitoso.

Referencia

¹ Sarlo, Beatriz (1994). Escenas de la vida posmoderna. Buenos Aires: Ariel. p 42.

Medios, tensiones culturales y crisis sociales.

Fernanda Iturrieta

Siendo docente de la materia Introducción a la Investigación de la Carrera de Diseño Gráfico y habiendo los alumnos elegido el tema «lo nuevo y lo diferente» para el desarrollo de sus investigaciones para ser presentadas en la Semana de Proyectos Jóvenes me permito reflexionar acerca de cómo algunas de las nuevas tecnologías, sobre todo las de la información y la comunicación, están condicionando nuestra forma de ver el mundo y de relacionarnos con el mismo. Lo hice habida cuenta del impacto que creo ha provocado en los alumnos dadas las características de la temática tan próxima hoy a ellos como son la comunicación y las nuevas tecnologías.

Gramsci definió alguna vez a la crisis como lo que ocurre cuando lo que tiene que morir no muere y lo que tiene que nacer no nace aún. Ese interregno, crisis, es exactamente lo que está ocurriendo en el mundo occidental de un siglo a esta parte (reseñamos lo de occidental habida cuenta que en la China preindustrial, tal como nos lo recuerda Manuel Castells, fue el Estado quien se encargó de frenar cualquier avance que pudiera ocurrir desde la tecnología que podía provenir de occidente con el fin de no perturbar la sociedad y poder además así controlarla sin sobresaltos).

Decíamos crisis desde la perspectiva del comportamiento social pensando el ambiguo y contradictorio efecto que produce en ella cualquier avance tecnológico, más aún los ligados a las telecomunicaciones. Lo de contradictorio lo decimos acentuando el hecho de que las sociedades tienen hoy un comportamiento que suena de esa manera: por una parte se congregan en enormes sociedades interdependientes, globalizadas, estandarizadas en sus comportamientos y hábitos, y por el otro, exactamente en sincronía con esta, la misma sociedad fragmentada en minúsculos retazos sociales. Esta aparente contradicción tiene su lógica si la observamos desde la perspectiva de los avances tecnológicos que permitieron la globalización: desde el advenimiento del telégrafo, que permitió por primera vez que el mensaje llegue a destino antes que el mensajero acelerando así la comunicación en su conjunto y permitiendo los primarios conceptos globalizadores (aunque el término no haya estado aún en boga), la posterior utilización del transistor en 1957, que permitió la masificación sin límites de los medios de comunicación electrónicos con su consecuente impacto en la población mundial, a la aventura de internet que llevó al paroxismo a la comunicación planetaria, fueron provocando en la sociedad que los recibía

una sensación de progreso pero a la vez de enajenación.

Entendemos en tal sentido que la palabra enajenación debe entenderse como una consecuencia producida por el impacto de los mass media sobre la sociedad que las invita a por una parte a volcarse sobre sus propias costumbres y culturas más profundas (lo que podría interpretarse como una reafirmación de sus identidades casi exacerbadas) pero además debe entenderse como una standarización de una cultura supra-universal que contiene a todas y es dirigida desde los grandes centros de consumo y producción. Esta ambivalencia bien puede llamarse enajenación ya que es tal la tensión que se produce entre esa reculturización y esa standarización universal que las sociedades terminan siendo ni una cosa ni la otra.

La pugna entonces entre estas dos fuerzas es justamente lo que pone en crisis todo el sistema cultural: ni termina de nacer una cultura planetaria ni termina de morir una cultura ancestral. Es probable, y sobre esto se han escrito ríos de tinta, que ambas convivan in eternum, como que la colisión haga prevalecer una sobre la otra.

De todos modos en rigor de verdad no está allí el verdadero problema, o dicho de otra manera, ese es el problema teórico que acarrea el avance tecnológico. El problema profundo, el lacerante, el que debe atenderse so pena de caer como sociedad en un verdadero infierno es el del mundo del trabajo. Y aquí conviene detenerse un tanto dado que el tema nos pide reflexionar más volcados sobre costados sensibles que puramente analíticos.

El mundo del trabajo, tal como lo hemos considerado durante generaciones, ha concluido. La degradación en el mundo del trabajo, la pauperización y bajos salarios son la constante de estos tiempos particularmente en el mundo en desarrollo. Ya no tiene trabajo el que lo concebía como una cuestión de rutina y de baja capacitación. Especializarse, capacitarse para un universo tecnificado e interrelacionado, donde las fronteras geográficas e idiomáticas se cancelaron, donde solo el conocimiento es el valor agregado que el trabajador puede aportar, es sin dudas el sino de estos tiempos.

Así entonces emerge otra pugna que tiene paralelismos claros con la planteada precedentemente: los sectores del trabajo capacitados en términos tecnológicos, minoritarios y asignados a personas privilegiadas, y los sectores masivos, particularmente en los países en vías de desarrollo, que no poseen dicha capacitación y deben en consecuencia resignarse al desempleo o a empleos de bajísima remuneración. Esta negativa consecuencia debe leerse como que en realidad no es el volumen de conocimiento que una sociedad posea para jactarse de su desarrollo sino que lo que trasciende es en realidad la capacidad que tiene dicha sociedad para aplicar su conocimiento a la producción. Esta faz de aplicación tiene como, o debiera tener al menos, como protagonistas al Estado (caso concreto de las fuerzas armadas en varios lugares como así también las propias universidades que cada vez aportan más a la construcción y a la creación de conocimiento) y al mundo empresarial dispuesto a financiar a riesgo la producción de conocimiento. A mayor producción de conocimiento le corresponde una mayor probabilidad de aplicación del mismo y a mayor aplicación mayor desarrollo social. Vemos entonces cómo educación es hoy días más que nunca sinónimo de trabajo y la única manera eficaz de mejorar la situación laboral de las personas. Hacer un esfuerzo como sociedad para elevar la calidad educativa de los pueblos y ponerlos en línea con las demandas de mano de obra calificada tecnológicamente es tal vez la mejor manera de encausar una sociedad no solo progresista y competitiva